



varo de Luna, escrita por un desconocido y dirigida á disculpar á aquel ministro. Fernando del Pulgar escribió tambien la de los veintiseis barones y la de Fernando é Isabel en estilo correcto; mas faltó de elegancia y sin originalidad ni reflexiones. Pero las diversas vidas de reyes españoles que Buterwek ensalza por su exactitud y naturalidad, me parecen pedantescas, floridas, pero sin arte ni oportunidad, y escritas con una falsa elegancia que desfigura los tiempos. La historia de los primeros reyes por-

tugueses fué contada por los cronistas posteriores, á quienes sobrepuja Fernando Lopez, custodio de los archivos de la Torre del Sepulcro, y que escribió la de Juan I.

Y aquí nos parece oportuno observar que tanto los poemas como las historias de los extranjeros trataban muy poco de héroes, mientras que en Dante y en Juan Villani es héroe toda la nacion ó la humanidad, segun conviene á las ideas republicanas, en que el mérito es lo que constituye la importancia.

CAPÍTULO XXXV.

Literatura extranjera.

Aunque los reyes de Francia protegieron los estudios y fundaron colegios, bibliotecas y universidades, la literatura francesa no presenta sin embargo un solo nombre ilustre, y las producciones de aquel tiempo, excepto las historias, yacen en el olvido. La ociosidad en que se hallaban los señores feudales habia protegido los romances en verso para que los troveros los retuviesen mejor en la memoria cuando no sabian leer; despues se pusieron en prosa para hacerlos más fáciles á los señores. Desde 1462 á 1520 se imprimieron doscientos cuarenta y cinco; muchos de ellos eran alegóricos y participaban del mal gusto del romance de la Rosa, sin tener sus bellezas; las continuas citas que de ellos se hacen, prueban lo muy populares que fueron, y de ellos han provenido las mascaradas y las comparsas.

Tambien los *Fabliaux* se trasladaron á la prosa, de donde han nacido tantas colecciones de cuentos. El Delfin Luis hizo reunir las «*Cien novelas*,» que son muy agradables para contarse en todas las buenas reuniones y pasar el tiempo alegremente, donde figuran el mismo Delfin, el duque de Borgoña y los grandes de la corte; reuniones casi siempre licenciosas,

aunque á su narracion asistian tambien las damas.

Son un adelanto del idioma frances, al cual se empezaron á trasladar los giros de la lengua de *OC* y las formas líricas. Carlos, duque de Orleans, descendia de Valentina de Milan, y este origen explica la delicadeza de su gusto tan superior á sus contemporáneos. Incitado por su madre al morir para que vengase el asesinato de su padre, se coligó contra el duque de Borgoña con los de Borbon y de Berry; se unió despues de la muerte de aquél con el rey de Francia; combatió en Agincourt, y habiendo caido prisioneros mitigó su suerte cantando las penas de veinticinco años de prision. Sus composiciones, que son las más originales de aquel siglo (1), atestiguan el adelanto de la lengua y del gusto, por su fácil exposicion, esmeradas y bien entendidas rimas y haber evitado las supresiones y las voces truncadas. Rinde tambien tributo á las alegorias y á ideas de entónces; sus conceptos son débiles, pero gra-

(1) Poésies de Charles duc d'Orléans, publiées sur les mss. originaux et authentiques par M. Champollion Figeac. Paris, 1824.—Poésies de Charles d'Orléans par M. Guichard.—En el mismo punto, 1842.





ciosos; en vez de débiles lamentaciones ó quejas vulgares, templa el dolor con el brillo de la sonrisa (1). Lloró á una hermosa abandonada en el continente; sin embargo, las de la isla le amaban, y en honor á la memoria de su madre dedicaron el día de San Valentin á la fiesta de Amor.

Tambien Juan, duque de Borbon, su compañero de cárcel (2), Renato de Anjou y Juan II de Lorena cultivaron la poesia, pero con poca inspiracion (3). El normando Alano Chartier,

(1) En regardant vers te pays de France  
Ung jour m'advint adoure sur la mer;  
Qu'il me souvient de la douce plaisance  
Que je soulois audit pays trouver;  
Si commençai du cœur à soupirer;  
Combien certes que grant bien me faisoit  
De voir France que mon cœur amer doit.

Alors chargeai en la nef de espérance  
Tous mes souhaits; en les priant d'aller.  
Oultre la mer, sans faire demourance  
Et à France de me recommander.

(2) Al marchar el duque de Borgoña para Francia, el de Orleans le dirigia el siguiente madrigal:

Puis qu'ainsi est que vous allez en France,  
Duc de Bourbon, mon compaignon très chier,  
Où Dieu nous doint, selon la desirance  
Que tous avons, bien pover besougnier,  
Mon fait vous veulx descouvrir et chargier  
De tout en tout, en sens et en folie;  
Trouver ne pois nul meilleur messaigier.  
Il ne faut jà que plus je vous en die.  
Premièrement, si c'est votre plaisance,  
Recommandez-moi, sans point l'oublier,  
A ma dame, ayez; en souvenance,  
Et lui diles, je vous prie et requier.  
Les maux que j'ai, quand me fauts esloignier.  
Mangrè mon veuil, sa douce compaignie:  
Vous savez bien que c'est de tel mestier,  
Il ne faut jà que plus je vous en die.  
Or y faites, come j'ai la fiance;  
Car un ami doit pour l'autre veiller.  
Si vous dites: Je ne sais sans doutance  
Qui est celle; veuillez la m'enseignier?  
Je vous réprus que ne vous faute serchier  
Fors que celle qui est la mieux garnie  
De tous les biens qu'on sauroit souhaitier.  
Il ne faut jà que plus je vous en die.

Despedida:

Si ai chargé à Guillaume cadier  
Que par de là bien souvent vous supplie,  
Souvienne vous du fait du prisonnier,  
Il ne faut jà que plus je vous en die.

(3) Las bellas poesías de Clotilde de Surville, que nació en 1405, y fueron publicadas en tiempo de la revolucion, están unidas con las de Ossian.

secretario de la casa del rey, fué tan célebre en sus tiempos, que Margarita de Escocia, mujer de Luis XI, viéndolo dormido, le dió un beso en aquella preciosa boca, de donde habian salido tan bellas é ingeniosas palabras. Pero si he de decir verdad, yo no he encontrado en ellas esa belleza; la moral es demasiado rebuscada en las poesías que nos quedan, y muy fastidiosa su crónica.

El inmoral, crapuloso y petardista parisien- se Francisco Villon, escribia en verso sus propias truanerías, las cuales le condujeron por dos veces al pié de la horca. El rey le perdonó; pero á pesar de hallarse en frente del cadalso continuó diciendo burlas tan cínicas, que recibió elogios por su atrevimiento. Censuró en el *Testamento* á los embajadores burlones, pensamiento que fué imitado despues muchas veces. Si no fijó con tanta propiedad las reglas de la lengua y de la versificacion que mereciese los elogios que recibió, mejoró la forma de la balada y de las letrillas, así que es una falta el no hallarse en ellas más que sardónico desprecio y malicia. El lenguaje de Carlos de Orleans es cortesano, el de Villon vulgar, y por consiguiente más original; es un verdadero poeta del vulgo, del cual y de sí mismo aprende su arte sin esforzarse en complacer á los varones.

Otros podria citar, pero explicado uno se conoce á todos los demas, porque en ellos no se halla genio ni verdadera poesia; demuestran de vez en cuando imaginacion ingeniosa, y siempre se concretan á la exterioridad de la vida. Un poco más profundizó Juan Marot, el cual, en algunos pequeños poemas que compuso, como el del viaje de Génova y el de Venecia, se inspiró, no ya sólo con sus propias ideas, sino con las de la historia, oscureciéndola, sin embargo, con la alegoría. Froissart, de quien ya hemos hecho mencion entre los historiadores, escribió así en prosa como en verso (1) con la origina-

(1) Así se retrata él mismo:

Au boire je prens grant plaisir:  
Aussi fui-je en beaus draps vestiv;  
En viande fresche et nouvelle  
Quant a table me voy servir,  
Mon esprit se renouvelle.  
Violettes en leur saison;



lidad propia del carácter frances, ántes que fuese adulterado por la imitacion. Commynes, que narra con elegancia, sin cuidarse de la frase, asegura que la prosa, confiada á personas de buen sentido, se hallaba á más altura que la poesia, reservada á los ingenios elevados.

La prosa empezaba á exigir graves trabajos en España. Juan Manuel, descendiente de sangre real, que á nombre de Alfonso XI mandaba los ejércitos contra los moros, y sostuvo la guerra por espacio de veinte años con el rey de Granada, escribió el *conde Lucanor*, primera prosa literaria castellana. Describe á su héroe, pasando por una continuacion de desgracias, á cuya descripcion le induce Petronio con sus apólogos y novelas, sencillas en el fondo y en la exposicion, sin afectada elegancia, y que á diferencia de Boccaccio se encaminan á instruir en la política y en la moral, si bien con poco artificio. Escribió tambien una *Crónica de España*, un libro de los sabios y sobre los deberes del buen caballero, además de algunos romances y versos de amor. Pedro Lopez de Ayala nos demostró cómo de las aventuras cantadas, ya se habia pasado á la relacion de las cosas políticas y serias, y es tal vez un efecto de su desgracia que mientras los contemporáneos se entregaban á las frivolidades del amor, él prefirió á este género los asuntos elevados y serios. De Vasco Lobeira tenemos el *Amadis de Gaula*, traducido acaso del frances, pero que tuvo gran importancia al otro lado de los Pirineos; dió ocupacion á los ociosos, y refinó el gusto de aquel pueblo. Muchos le imitaron traduciendo los romances caballerescos, con los cuales adquirió nuevo carácter la literatura castellana.

Juan II con la proteccion que dispensaba á las letras y á la poesia, parece queria conservar á Castilla el honor que iba perdiendo; pero

Et roses blanches et vermeilles  
Voy volontiers, car c'est raisons;  
Et chambres pleines de candeilles;  
Jeux et danses et longues veilles,  
Et beaus liets pour li rafreischir,  
Et au conchier pour miculx dormir,  
Epices, claret et rocelle:  
En toutes ces choses véir  
Mon esprit se renouvelle.

como se componian versos por moda y en busca de proteccion, se reputaron de muy sencillos los romances, y se perfeccionó el arte, introduciendo en él el ingenio, la alegoría, el estilo difícil y el agudo; los versos debian hacerse con más arte y estar llenos de figuras retóricas; las ideas pomposas, las metáforas altisonantes y las voces sonoras se adaptaban al carácter de los españoles. Sin embargo, la preponderancia de la poesia popular se hallaba asegurada de tal modo, que aun se conserva, á pesar de la pedanteria y de la imitacion de los escritos italianos. Los últimos romances que celebran las aventuras de los zegríes y los abencerrajes, ó la toma de Granada, figuran entre los más bellos, están llenos de vehemente poesia, y pertenecen al estilo árabe.

Enrique, marqués de Villena, descendiente de familia real, que deseaba volviere el gusto antiguo, estableció una academia á la manera de la de Tolosa de la *gaya ciencia*. «No le bastó á D. Enrique de Villena su saber para no morir, dice el bachiller Fernan Gomez de Ciudad-Real, ni tampoco le bastó ser tío del rey para no ser llamado por encantador. »Ha venido al rey el tanto de su muerte: e la conclusion que vos puedo dar que asaz don »Enrique era sabio de lo que á los otros cumplia, e nada supo en lo que le cumplia á él. »Dos carretas son cargadas de los libros que »dejó, que al rey le han traido: e porque diz »que son mágicos y de artes no cumplideras de leer, el rey mandó que á la posada de fray »Lope de Barrientos fuesen llevados: e fray »Lope, que más se cura de andar del principe, »que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar más de cien libros que no los vió él más »que el rey de Marruecos, ni más los entiende »que el dean de Cidá Rodrigo; ca son muchos »los que en este tiempo se fan dotos haciendo »á otros insipientes e magos, e peor es que se »fazan beatos haciendo á otros nigromantes. »Tan sólo este denuesto no habia gustado del »hado este bueno e magnífico señor: Muchos »otros libros de valia quedaron á fray Lope, que »no serán quemados ni tornados si vuestra »merced me manda una epistola para mostrar »al rey, para que yo pida á su señoría algunos





»libros de los de D. Enrique para vos, sacarémos de pecado la ánima de fray Lope, e la »ánima de D. Enrique habrá gloria que no sea »su heredero aquel que le ha metido en fama »de brujo y nigromante. Nuestro Señor, etc.»

D. Íñigo Lopez de Mendoza, tan apreciado por su bondad, valor y ciencia, que se creó para él el marquesado de Santillana, descansaba de los afanes de la guerra con sus canciones, que fueron alabadas por sus contemporáneos á causa de una erudición que reprobamos como pedantesca. En el *Doctrinal de Privados* hace reflexiones morales sobre la muerte de Alvaro de Luna. Compuso versos y romances fáciles y el *centiloquio* para instrucción del príncipe real de Castilla, que son cien máximas morales y políticas en una octava cada una, y una colección de proverbios y cuentecillos de sus desvelos. La carta que dirigió á D. Pedro de Portugal sobre el origen de la poesía y el de los antiguos poetas, es la más célebre poesía, según él, ó gaya ciencia, es el arte de presentar versos útiles bajo una agradable apariencia, arreglándolos, distinguiéndolos y revistiéndolos de ficciones con número y medida. Es, pues, natural que al enumerar los poetas se olvide del romance que es la verdadera poesía de los españoles.

Su protegido y sucesor, Juan de Mena, natural de Córdoba, hizo un viaje á Roma, en donde tuvo gran entusiasmo por la literatura italiana. Conocía sólo á Dante; pero únicamente imitó de él la afición á la alegoría, con arreglo á la cual escribió el *Laberinto*, poema moral en trescientas estrofas, muy alabado entonces, cuadro alegórico de la vida humana, en que ensalzaba todas las virtudes y reprobaba los vicios, dando á conocer la irresistible fuerza del destino. En él invoca á Caliope y Apolo, declama contra la fortuna y se pierde en el ideal laberinto de esta vida, pero se le presenta la Providencia, bajo la forma de una mujer muy hermosa que le sirve de guía, y ve dos grandes ruedas inmóviles y otra en perpétuo movimiento, en cuya circunferencia están escritas las palabras de *pasado, presente, futuro*. En la primera ve á los hombres antiguos y sus hechos; la última está rodeada de nubes; el presente da

vueltas sin cesar, y con él los hombres, llevando cada uno escrito en la frente su nombre y su propio destino. Cada rueda está dividida en siete círculos, según los siete planetas, cuya influencia se hace sentir sobre los destinos de los hombres, por lo cual el autor toma pretexto para alabar ampliamente á los contemporáneos y hacer alarde de sus conocimientos. El tedio que causa su lectura está compensado con el patriotismo que manifiesta hácia los grandes hombres de su país y con sus bellas digresiones. Á pesar de estas bellezas adolecía de la exageración tan apreciada en aquel tiempo y que tanto agradaba á Juan II, el cual, para dar nuevo mérito al poema, quiso que se le añadiesen sesenta y cinco estrofas con el fin de igualar su número á los días del año. El poeta manifestaba su gratitud con lisonjas. «Al muy poderoso Juan, predilecto de Júpiter, que tenía sujeta á la tierra como éste al cielo; gran rey de España, nuevo César favorecido por la fortuna, á quien pertenecen la virtud y el imperio.»

Mejor éxito obtuvieron los españoles en las poesías sencillas, y por esto se dedicaban á ellas con preferencia, describiendo los sentimientos pasajeros y reales, cantos de devoción y de amor, si bien eran las más veces rebuscados y violentos. Juan de la Encina sobresalió en el género de *letrillas* y *cantarillos*, y compuso un arte poética, muy estimada por aquellos para los que el hacer versos es un arte.

Otros intentaron escribir dramas imitando los *misterios* que se representaban en las iglesias, siendo la *Celestina* anterior á todos los de las lenguas modernas. El primer acto fué compuesto por un desconocido, á mediados del siglo XV, y el resto añadido cincuenta años después por Fernando de Rojas; principia describiendo con mucho arte los amores de Melibea y Calixto, favorecidos por la hechicera Celestina, y concluye con la falta de Melibea y los sangrientos castigos de sus parientes, drama que fué traducido á todas las lenguas.

Este era el crepúsculo de la literatura que debía adquirir tanto esplendor cuando la nación unida desplegase todas sus fuerzas. Madrid llegó á ser capital del reino, y su lengua pre-



valeció en los negocios, no ménos que en la literatura, abandonándose también el lemosín ó provenzal, tan amado hasta entonces por las musas. Ya habían sido escritas en catalán las crónicas de Ramon Muntaner, y otras memorias de las aventureras empresas de aquellos pueblos; después sus últimos acentos fueron las poesías en alabanza de Carlos de Viana, último príncipe querido de aquel pueblo, hasta que uniéndose con Castilla, no hubo ya literatura propia. Fijada lengua, se pudieron formar gramáticas, como la de Antonio de Nebrija, dedicada á la reina Isabel.

Los cantos de los trovadores y las epopeyas enmudecieron en Alemania cuando los príncipes no tuvieron ya oídos para oírlos, ni manos para premiarlos. Extendidos en su lugar los gremios, y robustecidos los comunes, estos y aquellos tuvieron sus poetas en los maestros cantores (*Meistersinger*) que trasladaron la poesía desde la corte á los talleres, y á las sencillas inspiraciones de sus predecesores sustituyeron una forma acompasada y fría, de suerte que no produjo ningún fruto. Los maestros cantores se reunieron después en corporaciones que se formaron en varias ciudades para cultivar el estudio del canto y de la poesía, con reglamentos leyes é insignias, y lo que es más extraño, con teorías infalibles, según las cuales se componía y se cantaba. Esta institución se amplió con motivo del engrandecimiento de las ciudades; Carlos IV permitió tuviesen escudos particulares, así como los príncipes y los caballeros, continuando de este modo hasta el siglo XVII. Careciendo de fuerza de invención, se cuidan solamente de las formas; pero después que admitieron á los cortesanos y mercaderes, exigiendo como primera condición para su ingreso la probidad, se favoreció con ellas la educación de una clase tan numerosa como desatendida.

Del mismo modo que las cortes y los gremios, el pueblo tenía sus poetas igualmente distantes de la delicadeza de los *minnesingers* y de la afectación de los maestros cantores. Los cantos propios de los pastores, zagales y aldeanos se trasmitían con la misma religiosidad que se conservan los privilegios, y particularmente

los trabajadores de las minas exhalaban en verso sus rústicas y sencillas inspiraciones. Son frecuentes las melodías sublimes realizadas con formas robustas, y con aquella vitalidad que en vano se busca en las composiciones hechas en los gabinetes. Las inspiraban la guerra, un crimen, un suplicio, las creencias religiosas, casos alegres ó desgraciados de amor é historietas tristes. Tal sería la de una señora que, próxima á parir, fué acometida de un desmayo y enterada como muerta. Algunos días después, habiendo ido sus hijos á regar con lágrimas su sepulcro, volvieron asustados á contar á su padre que habían oído salir de aquel sitio un sonido semejante al que se hace cuando se arrulla á un niño: el padre acudió al punto, abrieron el sepulcro y vieron viva á la señora estrechando en su seno á una inocente criatura, y ella cuenta que Dios, que mantiene á los pájaros del aire, tuvo cuidado de aquel ser débil, á quien ella había dado allá dentro á la vida, no á la luz, y le predijo que viviría todavía tres años. En otra, la lívida imagen de la muerte se acerca á una niña que está divirtiéndose en un jardín, la toca y la avisa que ha llegado su hora; sin conmoverse por sus tiernos llantos la hiere, y después corona sus restos exánimes, diciendo: «La guirnalda que pongo sobre tu frente se llama la mortalidad: no serás tú la última que la lleve, y cuantos han nacido tienen que bailar conmigo alrededor de este trofeo.»

Alude esta última frase á otra tradición extraordinaria de la edad media, las danzas de los muertos ó macabras. El vulgo unió no sé qué idea ridícula á la más seria de todas las cosas. Según se demuestra, tanto en muchas formas populares del lenguaje, como en la pintura de esqueletos que movían sus descarnadas piernas y brazos con aquel rechinamiento de cráneos desnudos que se asemeja á una risa sarcástica, parecían preparados para un baile, y llevaban detrás de sí individuos de todas clases, arrastrándolos á la tumba. Frecuentemente las pintaban en las cavernas y en los cementerios, y son muy conocidas las que se hicieron en Basilea después de la terrible peste, y que reproducidas después por el buril de Wohlgemuth